

En este momento en el que el gobierno, la patronal y la prensa no paran de hablar de recuperación, me pareció oportuno de traducir este artículo publicado en la revista Lutte de Classe, editada por Lutte Ouvrière.

El regreso de la inflación

Hasta comienzos de 2021, la inflación de los precios al consumo, medida por los organismos gubernamentales, había sido un fenómeno relativamente limitado. La inflación oficial había llegado incluso a niveles cero o incluso negativos en el punto álgido de la crisis sanitaria en la primavera de 2020. Desde principios de 2021, la tendencia se ha invertido y la mayoría de los índices gubernamentales han ido al alza.

Estos índices sólo ofrecen una visión sesgada de los precios de las materias primas. Se basan en una cesta de la compra de bienes y servicios cuyos precios se controlan cada mes. Se supone que la composición de esta cesta representa el consumo de los "hogares". Por ello, es, en el mejor de los casos, una media de lo que consumen las capas más ricas y más pobres de la población. En cualquier caso, estos índices son los únicos de los que disponemos. Y su evolución sigue siendo significativa. En la Unión Europea, por ejemplo, la inflación medida antes de la crisis de 2020 estaba entre el 1 y el 2% anual. Desde

abril de 2021, se sitúa por encima del 2% anual, el 2,5% medido en julio. En Francia, las cifras oficiales siguen siendo más bajas, pero la tendencia es también al alza. En Estados Unidos, la inflación osciló en 2018 y 2019 entre el 1,5% y el 3%. Desde abril se sitúa por encima del 4%, estimado en un 5,4% anualizado en julio. Incluso excluyendo los precios de la energía y los alimentos, el aumento es del 3,8%, el más alto desde junio de 1992. Junto con Estados Unidos, muchos países superan el 5%, como Sudáfrica, India y México. En julio, la inflación en Brasil superó el 9% en el último año, en Turquía el 18% y en Argentina más del 51% [1]. Aunque la inflación en estos dos últimos países refleja circunstancias particulares anteriores a 2020, es un hecho que el aumento de los precios al consumo ha sido una característica destacada de la economía capitalista en los últimos meses, otra forma de que las empresas incrementen sus beneficios a costa de sus clientes, especialmente las amplias masas, que no pueden repercutir en nadie la subida de los precios de los bienes que consumen.

La especulación con las materias primas

La explicación ofrecida por varios periódicos y comentaristas sobre esta subida de precios se basa en un fenómeno general: la recuperación de la economía se está produciendo de forma desordenada, con múltiples cuellos de botella. Uno de ellos es la producción de materias primas, insuficiente para satisfacer la demanda del mercado tras meses de atonía, causando una subida de precios. El dedo señala a China, cuyo aparato productivo fue el primero en recuperarse, y que es uno de los principales países demandantes de materias primas. Las empresas que consumen estas materias primas trasladan el encarecimiento a sus clientes, lo que hace subir los precios de todos los productos.

Esta explicación es sólo parcial y está orientada política. El caso del petróleo es revelador. El aumento del precio del barril de crudo Brent en el mercado mundial es significativo, pasando de 40 dólares en noviembre a más de 70 en junio. La demanda es sin duda más alta que en 2020, pero todavía está muy por debajo de lo que era a finales

de 2019, antes de la crisis. Si los precios suben hoy es porque la oferta, la producción de petróleo, está voluntariamente frenada por los países productores: la producción sigue siendo inferior a la demanda actual, mientras que la capacidad de producción mundial es muy superior a la que requería el mercado en 2019, antes de la crisis. Se trata de que los productores saudíes, rusos y estadounidenses vendan un poco menos, pero a un precio mucho más alto, aumentando así el valor de los cientos de millones de barriles almacenados en Estados Unidos y superando el umbral por debajo del cual la producción no es rentable en suelo estadounidense.

Esta voluntad de frenar la producción, de controlar su aumento para que se mantenga por debajo de la demanda, fue confirmada el 18 de julio por los 23 países de la OPEP, la Organización de Países Exportadores de Petróleo, que acordaron elevar la producción de petróleo en sólo 400.000 barriles diarios en los próximos meses. En cuanto a las compañías de petróleo y gas, tienen todos los medios para trasladar la subida de precios a los consumidores, y así lo han hecho. Las estadísticas del Insee (Instituto nacional de estadística y de estudios económicos en Francia) muestran que la subida de los precios de la energía representa la

mitad del incremento de los precios al consumo, la gasolina ha alcanzado máximos históricos en los surtidores (+17% en un año) y la tarifa regulada del gas, que había bajado en el momento álgido de la crisis, subió un 10% el 1 de julio, un 5% el 1 de agosto y un 8% el 1 de septiembre, situándose en más de un 15% por encima de la tarifa anterior a la crisis.

El petróleo y el gas no son las únicas materias primas cuyos precios se están disparando. El hierro, el cobre, el aluminio y algunos metales preciosos también están subiendo, al igual que los productos alimentarios como el trigo, la soja y el maíz, cuyos precios están muy por encima de los niveles récord de los últimos cinco años. Las primeras víctimas de la subida de los precios de los alimentos son los hogares más pobres, los que gastan una parte sustancial de su presupuesto en alimentos, incluso en los países desarrollados. En segundo lugar, son los países dependientes de las importaciones los que pagarán el precio más alto. Los países del norte de África y Oriente Medio representan el 4% de la población mundial, pero acaparan el 30% de las compras de trigo en los mercados internacionales.

La desorganización de las cadenas de producción no es simplemente el resultado de la recuperación de la actividad. Es el sello de una economía de mercado, en la que no hay coordinación sino la ley del más fuerte, es decir, la explotación por parte de cada actor de todas las situaciones en las que puede aupear sus precios y márgenes. Por ejemplo, el precio de los fletes en el transporte internacional también afecta directamente al precio de muchas mercancías. Aprovechando una situación de monopolio, las empresas de transporte también han subido sus precios.

Sin embargo, no sólo el desequilibrio entre la oferta y la demanda y las posiciones de monopolio explican estas subidas. Las transacciones se realizan en los mercados financieros. Como después de la crisis de 2009, la especulación se ve alimentada por el dinero que los gobiernos han vertido en el sistema por valor de cientos de miles de millones. Esta especulación hace subir los precios de las materias primas, independientemente de la relación entre la oferta y la demanda reales. Por ejemplo, los productores de algodón tienen una gran cantidad de stocks, pero esto no impide que su precio alcance niveles récord. Como decía Le Monde el 26 de mayo: "El considerable volumen de liquidez

inyectado por los bancos centrales, que sostiene el auge de las materias primas, está desconectando los precios de los fundamentos del mercado, lo que está provocando el aumento de las burbujas financieras." En esta situación en la que el dinero fluye libremente en los mercados financieros, cada rumor, cada riesgo de sequía, cada escasez profetizada empuja los precios hacia nuevas cimas, y el precio de los productos es más alto.

¿Inicio de un "superciclo" o preludio de una deflación?

Los ciclos de la economía capitalista, la relación entre la oferta y la demanda, entre la cantidad de bienes producidos y las necesidades, hacen que los precios fluctúen en torno a su valor, alternando entre periodos de bajada, a veces brutal, durante las recesiones, y periodos de subida, en fases de recuperación económica. Estas variaciones son el resultado de una economía en la que la producción es anárquica y la utilidad social se mide a posteriori, en el mercado. A estas variaciones se añade la influencia de los trust y los monopolios, que tienen la capacidad de dirigir los mercados, de organizar la escasez para hacer subir los precios y de ofrecerse a sí mismos verdaderas rentas de posición.

A estos fenómenos, que han acompañado toda la historia de la economía de mercado, se ha sumado desde la Primera Guerra Mundial, a una inestabilidad monetaria que se ha convertido en permanente. La reducción de la cantidad de metales preciosos en la moneda en circulación es probablemente tan antigua como la propia moneda. Pero después de la Primera Guerra Mundial, la manipulación monetaria adquirió

nuevas dimensiones. Para financiar los gastos de guerra y la reconstrucción, los Estados imperialistas imprimieron tanto dinero que tuvieron que desvincular la moneda del oro. La impresión de billetes aumenta la cantidad de dinero en circulación, y éste tiende a depreciarse, haciendo subir los precios. La cantidad de dinero, así como su valor en relación con las monedas extranjeras, la especulación internacional sobre su precio, el nivel de la deuda estatal y la capacidad -o la creencia en la capacidad- de los Estados para devolverla, son parámetros con los que tienen que contar los gobiernos burgueses, y que se les pueden ir de las manos. La hiperinflación de 1923 en Alemania, cuando hubo que ajustar los salarios dos veces al día para tener en cuenta la depreciación de la moneda y la subida de los precios, es uno de los ejemplos más espectaculares. La crisis de los años 70, como fruto de la saturación del mercado y del colapso del sistema monetario internacional rico en dólares, es otro ejemplo. La inflación de finales de los sesenta, alimentada por los créditos estatales, se disparó a principios de los setenta, impulsada primero por la subida de los precios de las materias primas y luego por las sumas abonadas por los Estados para ayudar a su burguesía a capear la crisis. El conjunto de la

economía se sumía en un estado de inestabilidad permanente.

Hoy en día, aunque estén presentes un cierto número de ingredientes propios de una burbuja inflacionista, como el endeudamiento masivo del Estado y la especulación, la inflación no es, o no es todavía, la de los años 70 o la de los años 20. Pero, ¿cómo evolucionará la situación? Hay casi tantos puntos de vista contradictorios sobre esta cuestión como economistas burgueses. Algunos piensan que las subidas de precios, especialmente el de las materias primas, serán duraderas. El pasado mes de mayo, los banqueros y corredores especializados en materias primas afirmaron que las inversiones en la transición ecológica y los vehículos eléctricos harían subir los precios de las materias primas durante todo un periodo, arrastrando con ellos los precios industriales. Estos banqueros hablaron incluso de un "superciclo", prediciendo un periodo de subida de precios que duraría más de una década. No son los únicos que creen que la inflación podría durar, o incluso descontrolarse. Lawrence Summers, antiguo Secretario del Tesoro con Bill Clinton, cree que el riesgo para la economía es el sobrecalentamiento y una burbuja inflacionista: las subidas de precios se alimentarían unas de otras, repercutidas por lo que

él llama una escasez de mano de obra, que llevaría a subidas de algunos salarios, y una oleada especulativa en el mercado inmobiliario.

Otros expertos en materias primas han rebatido estas previsiones, afirmando que la subida es sólo temporal, temporal que se demorará más de un año o incluso varios. Asocian la inflación a tensiones coyunturales vinculadas esencialmente a un "reinicio caótico de las cadenas de suministro, puestas a prueba durante la pandemia y sometidas ahora a una fuerte demanda" [2]. Este razonamiento, como hemos visto, sólo contiene una parte de la verdad. Algunos aseguran que a la subida de los precios de las materias primas le seguirá una bajada de similar magnitud; con mayores riesgos en 2015, tras varios años de subida de los precios de las materias primas, su caída llevó a la economía al borde de la deflación. Dada la abundancia de capital disponible, es indudable que, si ese entusiasmo por las materias primas se traduce en inversiones importantes, este mercado se saturará rápidamente, como ocurrió entonces.

Política de los bancos centrales

En cualquier caso, la política del banco central se lleva a cabo en plazos más cortos. Como uno de sus problemas es evitar cualquier desbocamiento inflacionista, para no tener que enfrentarse a una situación tan caótica como la de los años 70, disponen, al menos en teoría, de algunos medios, no siempre eficaces, para luchar contra la inflación. Pueden restringir el acceso al crédito subiendo sus tipos de interés básicos, que sirven de orientación a los tipos de interés a los que los bancos y las empresas prestan y piden prestado, y que actualmente son casi nulos. Esto es lo que ha hecho el banco central brasileño en las últimas semanas. Los bancos centrales también pueden reducir la cantidad de compras de activos, el dinero que dan a las empresas y los bancos a cambio de los valores de los que quieren deshacerse, que es otra forma de crear dinero. Este cambio se está debatiendo ahora en la Fed, pero aún está lejos de aplicarse. Por cierto, el objetivo declarado anteriormente de mantener la inflación por debajo del 2%, ha quedado oficialmente enterrado. Hace un año, en agosto de 2020, la Fed anunció que en lo sucesivo habría que hablar de la inflación a largo plazo, esos mismos

banqueros que declaraban al mismo tiempo, de la forma más cínica imaginable, que eran "conscientes de que el aumento de los precios de productos esenciales como los alimentos, la gasolina y la vivienda se está sumando a las cargas que algunas familias, especialmente las más pobres, ya tienen que soportar" [3]. El mercado de valores acogió con satisfacción estos anuncios, que confirmaban que la época del dinero fácil continuaría. El BCE (Banco Central Europeo) siguió el ejemplo de la Fed a principios de julio de 2021. Aunque hasta entonces se había fijado el objetivo de mantener la inflación por debajo del 2%, este 2% se considera ahora una media, que se tomará a lo largo de un periodo de tiempo indeterminado. Esto significa que tanto la Fed como el BCE han decidido, por el momento, dejar que la inflación se desboque y seguir imprimiendo dinero, para alegría de las empresas y los bancos.

Escala Móvil de Salarios

La idea de que las subidas salariales alimentan la inflación, defendida por Lawrence Summers, y retomada por algunos para declarar inútil cualquier lucha por los salarios, no es nueva. Que los capitalistas, atiborrados de miles de millones, quieran condenar a los trabajadores al mínimo está en el orden de cosas de la lucha de clases. Marx, en su momento, contestó a este tipo de discurso. Demostró que, en contra de una vieja idea recibida, los valores de las mercancías, sus precios, cuando la oferta y la demanda están en equilibrio, no están determinados por los salarios, sino que *“los valores de las mercancías — que han de regular en última instancia sus precios en el mercado— se hallan determinados exclusivamente por la cantidad total de trabajo plasmado en ellos y no por la división de esta cantidad en trabajo pagado y trabajo no retribuido”*, o sea, la división en salarios y plusvalía. Por ello, “el capitalista y el obrero sólo pueden repartirse este valor, que es limitado, es decir, el valor medido por el trabajo total del obrero, cuanto más perciba el uno menos obtendrá el otro, y viceversa. Llegó a la conclusión de que, aunque sea posible un incremento temporal de los precios, “la

subida general del tipo de salarios sólo conduciría, a una baja general de la cuota de ganancia” [4]. Por supuesto, las empresas, por su parte, tratarán de compensar la caída de la tasa de ganancia agravando la explotación, tratando de reducir los salarios reales por múltiples medios, aumentando sus precios dentro de los límites de la competencia, con la productividad, intensificando el ritmo de producción... Todo ello nos demuestra que la relación entre los salarios, los precios y las ganancias radica, en última instancia, en la correlación de fuerzas entre la clase obrera y la burguesía.

La cuestión de los salarios, que ha quedado relegada a un segundo plano por la pandemia, vuelve a estar al orden del día. Las reivindicaciones salariales ya han surgido en algunas empresas, especialmente en aquellas que han anunciado grandes beneficios mientras congelaban los salarios y eliminaban muchas bonificaciones. En esta situación, los revolucionarios deben defender la idea de luchar por la subida de los salarios, pero también plantear objetivos que, más allá de estas subidas, desafíen la omnipotencia de los capitalistas. La escala móvil de salarios, que impone a la patronal que los salarios sigan automáticamente el

incremento de los precios, es una necesidad que se deriva de la situación, y que en realidad equivale a cuestionar el poder de la patronal, empezando por el poder de decisión sobre los salarios.

En un periodo de subida de precios, imponer que se mantenga el poder adquisitivo de los trabajadores significa, obligar a la burguesía a subir los salarios extrayendo dicha subida de sus beneficios. Y esto significa desafiar el poder de la clase capitalista sobre la economía. Si los trabajadores consiguen controlar los salarios que la burguesía tiene que pagarles, esto ya es una parte del control de los trabajadores sobre las empresas. Y esto debe llevar a la clase trabajadora a la conciencia de que puede y debe tomar el control de la economía.

5 de septiembre de 2021

Notas:

[1] OCDE (2021), Inflación (IPC) (índice). doi : 10.1787/29ad7eaf-fr, consultado el 5 de septiembre de 2021.

[2] François-Xavier Oliveau, “¿Inflación? No, deflación”, *Les Échos*, 16 de julio de 2021

[3] "La Fed revisa su objetivo de inflación al 2%", *Les Echos*, 27 de agosto de 2020.

[4] Salario, precio y ganancia, capítulo: Relación general entre ganancias, salarios y precios, 1865